

NOSOTROS  
LOS  
CATALANES

# LOS PARIENTES 3 POBRES

FUE María Aurelia Campmany quien me dijo que en Cataluña existen quinientas noventa y nueve clases sociales. Según me explicó, las estuvo contando mentalmente durante unas vacaciones. Desde que me dijo esto, voy por la calle como un iluminado tratando de clasificar a la gente. En la Cataluña tradicional, la determinación habría sido facilísima. Todas las familias cuyo nombre no aparecía en la relación del Círculo del Liceo, eran de la clase baja. Ahora la cosa es mucho más complicada. Hay mucha gente que no pertenece al Círculo del Liceo ni al Círculo Ecuéstre, pero que está inscrita en el Club de Golf del Prat, y esto echa por tierra todas nuestras pretensiones de simplificar la cuestión. A pesar de todo, yo le dije a María Aurelia que iba a intentar una clasificación por mi cuenta por si servía de algo. En

Cataluña, y todavía más en el resto de España, existen ideas muy confusas a este propósito. Algún día —esperemos— llegará a llenarse esta formidable laguna de nuestra sociología. María Aurelia planteó ya en esbozo la cuestión cuando, con ocasión de celebrarse en Madrid un coloquio después de la representación de «La familia del señor Esteve», alguien le preguntó si los catalanes se sentían representados por el señor Esteve y su familia. María Aurelia abrió desmesuradamente los ojos, como suele hacer ella cuando ve brillar una verdad en medio de la confusión de nuestra época, y gritó poniéndose en pie de un salto: «¡No!». Fue, digamos, una primera respuesta por vía negativa a la cuestión de las clases sociales catalanas.

El llamado «problema catalán» ha hecho creer a mucha gente, incluso a muchos catalanes, que todos nosotros



"Los padrinos catalanes no dejan de enviar la mona a sus ahijados por ningún concepto, mientras viven".



estamos metidos en un mismo casillero. En España existe una decidida propensión a colocar etiquetas, y nosotros, los catalanes, llevamos la etiqueta exclusiva de «catalanes». De cuando en cuando, algún ministro va por allá y se descuelga con un «¡Visca Catalunya!», y solícitos filósofos se acercan a nosotros para «comprendernos». En esta Península, ser catalán le da a uno la impresión de ser un bicho raro, un bicho raro privilegiado, desde luego —al menos en lo que se refiere a la renta per capita—, al cual se mira con una mezcla de recelo, admiración y jolgorio. Uno se ve obligado a dar interminables explicaciones históricas que se remontan a Wifredo el Velloso —a quien por allí llamamos Wifredo el Peludo— y se pasa





la vida aclarando que el catalán no es un dialecto, sino un idioma hablado por seis millones de personas y que posee una brillantísima literatura. En todas las reuniones hay siempre un señor que dice que los catalanes nos caracterizamos por nuestra laboriosidad y, en los departamentos de segunda de los trenes españoles, la gente se muestra unánime en afirmar que lo que tienen los catalanes es que, cuando son amigos, son amigos. Poco a poco uno va metiéndose en el casillero y empieza a pensar que los catalanes constituimos una gran familia bien avenida.

La clasificación que yo propongo es la siguiente: en primer lugar, una clase alta que antiguamente estaba constituida por los más importantes

prohombres de la industria, pero que en la actualidad se ha ensanchado un poco para incluir, además del estado mayor industrial, a los más conspicuos profesionales, tales como médicos ilustres, abogados de prestigio, algún arquitecto y los directores de empresas de primera fila. Esta clase se caracteriza principalmente por su seriedad. No admite bromas de ningún tipo. Es una clase de gente a la cual nadie se atreve a dar unos golpecitos en la espalda y que, por su parte, tiene derecho a tocar la espalda a todos los demás parientes de la gran familia. Esto de los golpecitos en la espalda es en Cataluña un signo exterior mucho más digno de tenerse en cuenta que los datos del Catastro o del Registro Mercantil, en el mo-

mento de calcular la posición social de una persona.

Sigue en orden de importancia el grupo que podríamos llamar neocapitalista, aunque se trata de un neocapitalismo todavía subdesarrollado. Es un grupo algo más abierto a las corrientes europeas y también algo menos responsable que el anterior de los flagrantes mecenazgos artísticos, de las cúpulas de color verde que llenan las ciudades, de los Juegos Florales y del paternalismo enraizado en las más puras esencias de la vida catalana.

La tercera clase —que, como las demás, tiene numerosas subclases— es lo que yo llamaría «la clase de los disgustos». Es la clase de los venidos a menos que van aguantando. A é-

texto:  
**LUIS  
CARANDELL**

fotos:  
**XAVIER  
MISERACHS**



## NOSOTROS LOS CATALANES

tos les dan golpecitos en la espalda los miembros de las dos clases anteriores. Pertenecen también a esta clase de los disgustos una serie de intelectuales que suelen llevar pajarita y que hablan un catalán extremadamente acicalado.

Viene luego una región social de una extraordinaria amplitud en la que figuran los hombres de negocios salidos de la nada, los abogados de empuje, los especuladores de terrenos, los representantes de casas extranjeras y los pequeños industriales en expansión. Su lema es la actividad, la producción, la eficacia. Son los que dicen: «A mí no me importa que me den unos golpecitos en la espalda si es necesario». Esta clase social es, hoy por hoy, la que lleva la delantera en todo género de iniciativas cívicas.

Recuerdo que un día, estando yo en el despacho de un fabricante, entró una secretaria y le dijo al fabricante reservadamente: «Hi ha un senyor que vol parlar amb vosté». El fabricante preguntó quién era, pero, en vista de que el señor no había dado el nombre, salió del despacho. Volvió al cabo de un momento y llamó a la secretaria, que debía ser nueva, y haciendo gran ostentación y como quien dice una gracia, le dijo: «Allò no ho era un senyor. Allò era un home». La chica se puso muy colorada por no haber sabido distinguir entre un señor y un hombre, pero yo me imaginé en seguida cómo era la persona que esperaba en la antesala.

Sin embargo, en la lista que me proponía trazar hoy todavía una clase social que puede remotamente aspirar al título de señor, si bien con una espalda tan manoseada que haría muy bien en apearse el tratamiento y pasar a engrosar el inmenso número de los que la tienen machacada. Esta clase intermedia entre el señor y el hombre se caracteriza por comer coca, ir al campo a hacer «costellades», escribir poesías con rima, cantar en los orfeones, hacer «Los Pastorets» en el centro cultural del barrio y bailar sardanas.

En esta zona intermedia entre el señor y el hombre empiezan lo que yo llamo aquí los parientes pobres. Es una tierra de nadie donde se encuentran los que van para arriba con los que van para abajo y que delimita dos grandes superclases sociales, pobladas por las quinientas noventa y nueve clases de María Aurelia Campmany, que se van palmeando las espaldas sucesivamente hasta llegar a unas personas que no tienen espalda catalana que llevarse a la boca. Y a los que están al otro lado les llamo los parientes pobres, no sólo siguiendo el bonito símil de la gran familia, sino porque, de hecho, en Cataluña



no existe nadie o casi nadie que no tenga al menos un pariente al otro lado de la divisoria. Haría falta la ciencia de un Vicens Vives, la filosofía de un Ferrater Mora, la inspiración de un José Pla, la documentación de un Jutglar o de un Solé Tura para explicar este curioso fenómeno. Cuando uno va a felicitar a una señora que celebra su santo en su casa llena de porcelanas chinas y alfombras persas, siempre se encuentra uno con un señor y una señora vestidos más sencillamente que los demás, que se quedan en un rinconcito tomando una copa de champán y un emparedado de foie-gras. Son los parientes pobres. El traspaso de fortunas ha adquirido en Cataluña caracteres tan dramáticos y espectaculares que no existe casi ninguna familia que no tenga en algún barrio extremo o en algún pueblo o ciudad de Cataluña un pariente que es muy buena persona y que va a felicitarle los Pascuas y asiste a los bautizos, a las primeras comuniones y a los entierros de la familia. La señora de la casa nos va presentando a los invitados y cuando llega delante de los parientes pobres no se limita a decir su nombre, sino que hace un número especial, se inclina solícitamente y explica en tono reconciliante: «Mire, son unos primos de mi marido, ¿verdad?, muy buenas personas, que han venido a felicitar-me. Son muy amables». El presentado, que está completamente seguro de encontrarse al menos con un pariente pobre en la casa, les dedica también una sonrisa especial y los parientes hacen un gesto afirmativo como diciendo: ya ve usted. Al cabo de un rato, uno oye cómo el marido le dice

a la mujer en un aparte: «Anem, Maria, ja hom quedat bé». Pueden marcharse, han cumplido hasta el próximo año.

«Era per aquí, Federico», dice la señora, asomándose a la ventanilla trasera del coche. «Em penso que era per aquí», repite al llegar a un cruce de caminos de carros bordeados por almendros y algarrobos. Pasa un campesino con la azada al hombro. «Bon home, que sabeu on es el mas de cal Joan del Eloy?», le pregunta el marido, con una amable sonrisa. El hombre se queda detenido un momento y mira el coche con expresión burlona. «No hi arribareu pas, amb el cotxe». Les indica que sigan adelante por el camino de la derecha y que dejen el coche en una era. Al llegar a la era se apea la señora con los niños, don Federico y el chófer con la gorra. Se meten entonces por un camino mucho más estrecho, con profundas roderas abiertas por el paso de los carros. A ambos lados del camino hay filas de avellanos bien cuidados. Al fondo se divisa una casa medio derruida, con partes enlucadas y partes en piedra gris. A medida que se van aproximando, distinguen un pequeño cercado donde hay gallinas, conejos, algún pato y una cabra de enormes ubres. Sale al camino un perrillo blanco y negro que ladra con voz atiplada. Es el mas del Joan del Eloy. El término municipal de Riudoms, población situada a cinco kilómetros de la ciudad de Reus, es un laberinto de caminos entre las plantaciones de avellanos. El campo de Reus es una zona de re-





**Estrechass  
calles  
del barrio  
de Santa  
Catalina,  
on las que  
nunca falta  
un artista  
completamente  
decidido  
a inmortalizarlas.**



# Si mañana usted tuviera que hablar aquí,



## Llevaría un Rolex

Cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas se reúne en Nueva York, el mejor reloj del mundo también asiste a sus sesiones.

De forma clásica y robusta, está tallado en un bloque de oro macizo.

En el interior, protegido por su sólida caja Oyster a prueba de presión, funciona un cronómetro automático oficialmente certificado.

Debido a que gran parte del trabajo se realiza a mano, se precisa más de un año para fabricar un Rolex.

Muchos hombres de estado del mundo entero consideran que es un tiempo muy bien empleado.

El Rolex que ellos llevan es el Day-Date en oro de 18 quilates con su brazalete President haciendo juego.



  
**ROLEX**

Los hombres que dirigen los destinos del mundo llevan relojes Rolex.

Relojes Rolex de España - Génova, 11 - Apartado 859 - Madrid.



## NOSOTROS LOS CATALANES

gado escaso (falta incluso el agua necesaria para el abastecimiento de la ciudad), aunque con ilusiones huertanas. Campo de paisaje corto, en el que nos encontramos siempre ante una muralla de árboles, posee en cambio una infinita variedad de verdes. Verde oscuro del avellano, azulado del olivo, borracho del algarrobo, aguado del almendro, grisáceo de la higuera. Campo de muchos cultivos, de muchos trabajos, donde los campesinos se levantan a las cuatro de la madrugada para aparejar el carro y acudir al mercado de Reus. Dos kilos de judía temprana, una docena de pimientos, unas lechugas, un conejo, una caja de fruta. Y luego, el regateo con las mujeres de primera hora, que pasan una y otra vez ante la campesina con el dinerito tentador en la mano. «Qué, qué hem de fer?». Ella no contesta. Espera una vuelta más. Una peseta más. Campo rico dicen, en el fondo pobre, regado con agua de manantiales medio secos, extraída con motores eléctricos de coste desproporcionado al rendimiento. Agricultura de pequeños predios con el **mas** en el centro, que, con mucho trabajo, dan para vivir y donde apenas pueden emplearse los tractores. Explotación irracional de la tierra. Un poco de aceite, un poco de vino, un poco de fruta. Muchos pocos, y nada. Con una excepción: las avellanas. Reus es una de las pocas regiones productoras de avellanas que existen en el mundo. Es también, según parece, una de las que produce mejores calidades. Es o era. En estos últimos años ha surgido en Reus una importante industria, especialmente avícola, y la ciudad se ha beneficiado con la corriente de turismo de Tarragona y de las playas vecinas, Salou, Cambrils, Hospitalet del Infant. Los hijos de los campesinos se marchan a la ciudad, arrancan los olivos, no cuidan los avellanos como exige este delicado cultivo. Dice un campesino: «La agricultura está arruinada. Con mucha suerte, sólo se pierde un diez por ciento».

Al llegar el matrimonio con los niños y el chófer enfundado en su uniforme gris, sale de la casa la tía Roseta. Una mujer pequeña, de piel fina, siempre sonriente y vestida de negro. «Calla, Moro», le dice al perro. La sobrina de la ciudad la abraza. El marido le da la mano con una sonrisa de circunstancias (de conejo, se dice en Cataluña). Los niños acarician al «Moro», que menea el rabo.

Delante de la casa hay una pequeña plaza con una higuera. Debajo, un banco de ladrillo desportillado. «Y qué?», dice la sobrina de la ciudad. «Mira», contesta la tía Roseta. Hay un silencio completo en el campo. Desde la casa se ve una vegetación tupida. Tomateras enramadas en cañas colocadas en pabellón. Avellanos de ramas bajas cerrando los bancales por ambos lados. En primer término, unas flores, una calabaza, cuatro melones.

Un poco de perejil plantado en una lata de tomate grande, oxidada. En un rincón, un codazo de metal con aceitunas resacas de color negro. «El Joan?». La mujer contesta que está «allá, en las berenjenas». Y grita: «Joan». No responde nadie. Pasan unos minutos. La sobrina de la ciudad explica que han ido a comer a Cambrils con los niños y, después de comer, han pensado: Podríamos ir a ver a la tía Roseta, hace mucho que no la hemos visto. Y Federico ha dicho: Muy bien. Y los niños, imagínese. La mujer se pone de nuevo de pie y grita: «Joan!». No hay respuesta. Al poco rato llega un hombre de unos cincuenta años, con el pelo cortado al doble cero, pantalón de pana, camisa de rayas azules sin cuello, abrochada arriba con un gemelo dorado. Da la mano. «Qué?». La sobrina de la ciudad da larguísima explicaciones, muy animada. «Y doncs, qué, Joan?», pregunta don Federico. «Mira», dice el hombre. Y volviéndose a su mujer le

manda que traiga un poco de vino y **quatre avellanas**. Vuelve la tía Roseta con las cosas. Acuden los niños. Don Federico empieza a partir avellanas tostadas. El Joan le sirve un vaso de vino. Don Federico empieza a sentirse idílico. Al fin y al cabo, su abuelo era también un campesino. No, su abuelo no. Su bisabuelo. Todavía se acuerda del **mas** de la provincia de Gerona, cerca de Olot, que su abuelo vendió. Mira el campo, los árboles. Sí, ésta es la verdadera vida de Cataluña. El **mas** tradicional, las virtudes tradicionales. Poder beber este vaso de vino. Poder comer estas avellanas. Habla con elocuencia, con los ojos empañados. Esto es Cataluña. «Diu que tens tants negocis», dice el Joan. Y don Federico contesta que lo que realmente tiene son quebraderos de cabeza, problemas, y que lo que de verdad ha deseado toda su vida es vivir en el campo con este silencio, con esta paz. Le pone la mano en el hombro, diciendo: «Ustedes sí, ustedes



**"Entre los industriales está muy generalizada la idea de que, de todos los catalanes, los obreros son los que tienen menos quebraderos de cabeza".**



**Un barcelonés elevado a la enésima potencia, con su paquete de Casa Vilardell, da de comer a las palomas de la plaza de Cataluña.**

## NOSOTROS LOS CATALANES

si saben lo que es la verdadera vida». Y dice el Joan con un gesto de resignación: «Sí, mira».

\*\*\*

Como todas las ciudades importantes, Barcelona tiene una brillantísima tradición en materia de confitería. Ninguna otra industria de la ciudad la excede en calidad y esmero ni, posi-

blemente, en volumen de negocio. Algunos de los más famosos confiteros forman parte de la aristocracia industrial de la ciudad. En Cataluña se acostumbra a llevar pasteles o bombones cuando uno va de visita, y por las calles se ve a la gente con paquetitos blancos en los que se leen los nombres de las dulcerías escritos en letras de caligrafía inglesa. Los domingos, la ciudad en pleno, agrupada en fami-

lias, va a buscar el *tortell* de nata o crema, que la señora de la casa sostiene públicamente con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha por un cordelito blanco y azul, como se sostiene un pañuelo de encaje. No se concibe comida de domingo sin el *tortell* clásico, sin brazo de gitano, sin San Marcos de nata. Las señoras toman el té por las tardes en casa de una amiga, con sus lionesas, sus borrachos, sus trufas heladas. Cada día señalado del año tiene sus pasteles, sus golosinas especiales. Crema de San José, *torteles* de San Antonio, cocas de San Juan, *barquillos* de Navidad, *panellets* de Todos los Santos. La Pascua Florida trae la *mona*. La *mona* es un pastel grande, redondo, hecho de lo que se llama en Cataluña «pan de pellizo» y adornado por encima con frutas confitadas, peladillas, huevos de chocolate y plumas de ave pintadas de verde y salpicadas de gotitas de purpurina de plata. La *mona* es el obsequio que el padrino hace a su ahijado por Pascua Florida. Suele ir acompañada de un regalo consistente en un juguete, si se trata de un niño, o de dinero en metálico cuando se trata de una persona mayor. Los padrinos catalanes no dejan de enviar la *mona* a sus ahijados por ningún concepto, mientras viven. El escritor Xavier Benguerel me contaba lo mucho que había llorado su nietecita al enterarse de que la magnífica *mona* que trajo a mediodía el chico de la confitería no era para ella. «¿Para quién era?», le pregunté yo. «Para mí, de parte de mi padrino», contestó el novelista. «La niña lloró mucho, pero su madre, mi nuera, le dijo: "No, maca, es per a l'avi"». Era para el abuelo. Y añadió Benguerel: «El meu pare m'estima molt».

Hay mucha gente, particularmente en la clase media, que es la que mejor conserva las tradiciones, que no se pierde ni una sola de las especialidades de la confitería catalana. Saben dónde encontrar el *menjablanc* de Reus, especie de flan de almendras, las cocas de Vilafranca, los *buñuelos* del Ampurdá. Tengo un tío muy barcelonés, mi tío Luis, que, siempre que va a mi casa, trae las especialidades del momento. «Aquí porto una coca de llardons», «Aquí porto quatre castanyes», «Aquí porto quatre pets de monja». La coca de chicharrones se come el jueves lardero, las castañas por Todos los Santos, los «pets de monja», que son unas galletitas redondas, compactas y pequeñas como píldoras, se comen el día de San Roque.

Mi tío Luis es funcionario jubilado del Ayuntamiento. Conoce la ciudad palmo a palmo. Creo que ha desempeñado dentro de la Casa todas las funciones imaginables, hasta hacerse cargo de la Oficina de Información de la Ciudad. Los funcionarios barceloneses son distintos de los funcionarios estatales de Madrid. Muy pocos son los catalanes que se sienten atraídos



**El "pagés", con su faja ceñida a la cintura y su aire de desconfianza, charla con el asentador que le ha comprado las hortalizas.**







## NOSOTROS LOS CATALANES

por las oposiciones madrileñas. En los Ministerios apenas hay catalanes. Antiguamente se consideraba un desdoro hacerse militar, juez o incluso catedrático. «Gentusa, empleats del Estat», decía la gente. Pero el Ayuntamiento de Barcelona no entraba en esa cuenta. Don Manuel Ribé, jefe de Protocolo que fue del Ayuntamiento, e institución ciudadana por excelencia, solía decir que los barceloneses se dividen en dos clases: los que son funcionarios del Ayuntamiento y los que quieren serlo. Hay una burocracia barcelonesa, igual que una burocracia madrileña. Y hay un centralismo barcelonés como hay un centralismo madrileño. Para los barceloneses, Cataluña es Barcelona y una serie de ciudades

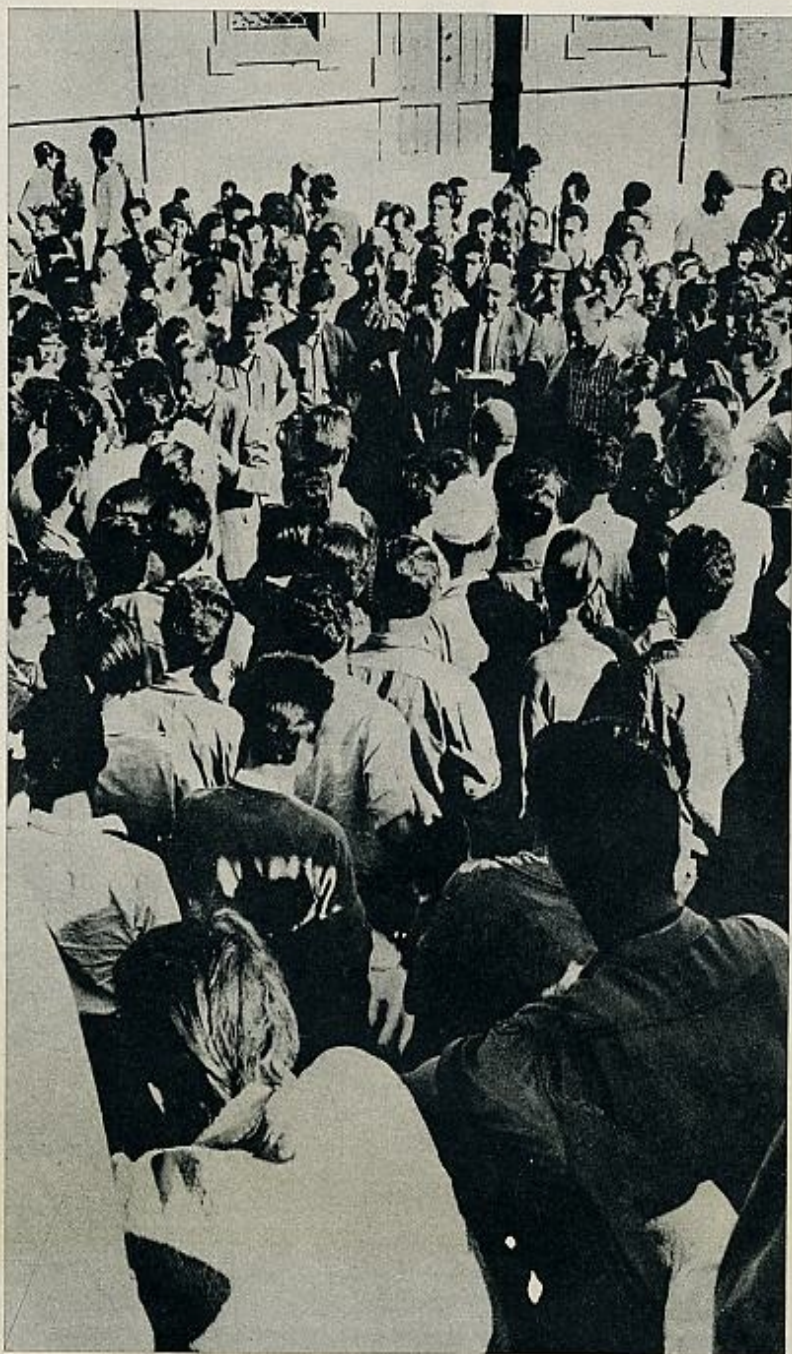
satélites orientadas hacia Barcelona. Los ricos de estas ciudades van a Barcelona de compras y no se gastan un duro en el comercio local. La excepción más notable a esta regla es Lérida, considerada hasta hace poco como una ciudad de paso, pero que en pocos años se ha convertido en una capital de gran importancia debido sobre todo a un desarrollo racional de la agricultura. No hace muchos años todavía, a los «lleidotans» solíamos llamarlos «vertebrats», mientras que ahora los barceloneses tienen que ir haciéndose a la idea de que al Oeste hay otra ciudad que no depende de ellos, una capital tan catalana como Barcelona, a despecho de los famosos mapitas inspirados por núcleos centralis-

tas de Madrid, que pretendían situar a Lérida en una región nueva, distinta de la Cataluña histórica.

\* \* \*

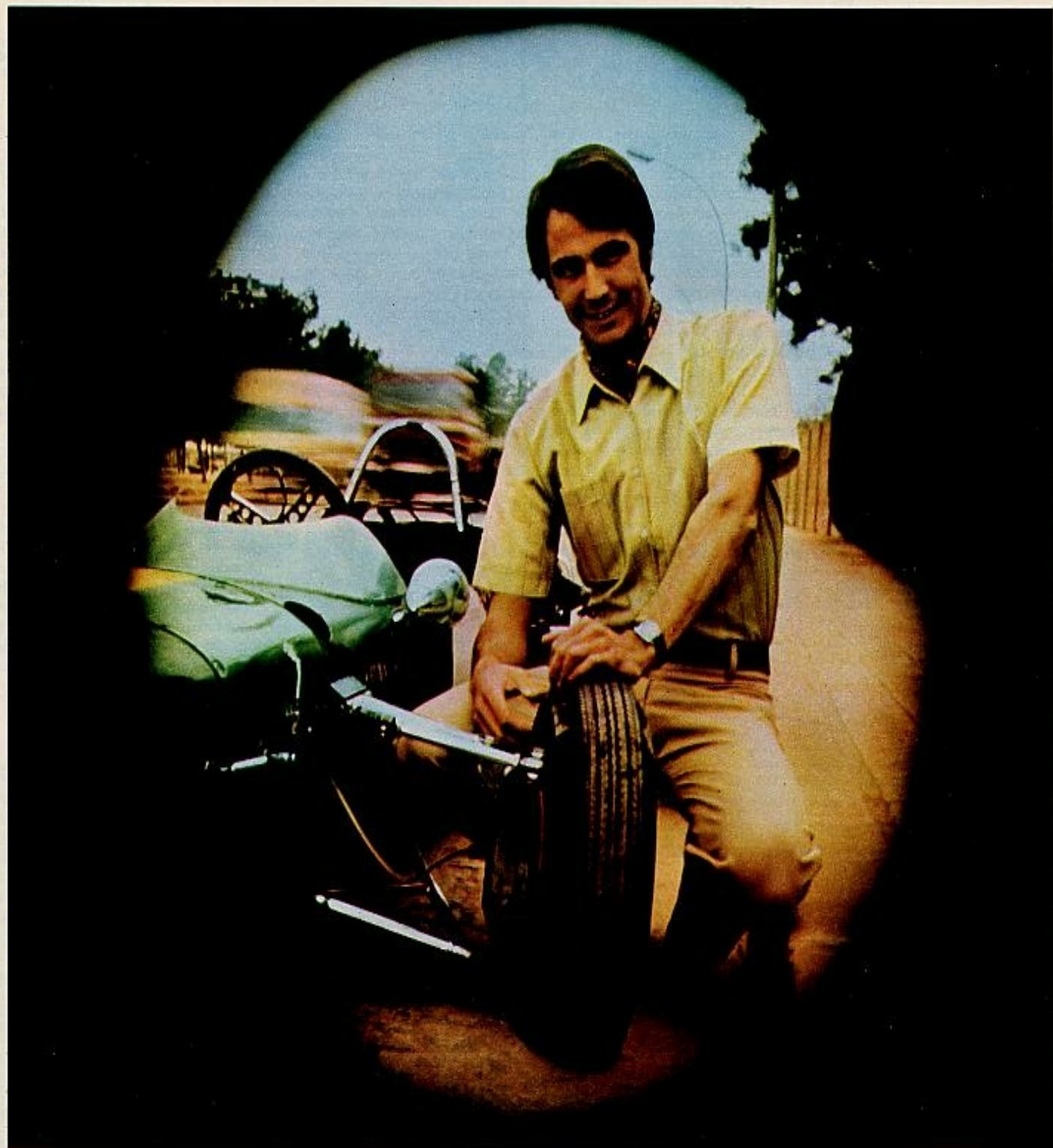
«Qui, els obrers?, son els que estan més bé». El interlocutor se queda un poco confuso. El industrial insiste. «Los que mejor están». Afirma que, de todos los catalanes, los obreros son los que tienen menos quebraderos de cabeza. En Cataluña está muy arraigada la idea de que la clase obrera es la beneficiaria directa de la gran obra de industrialización emprendida por la burguesía. En este aspecto, los obreros reciben una consideración distinta que los campesinos. El caso del campesino es el caso de un incomprendido a quien se profesa una admiración sin límites. El nacionalismo burgués de principios de siglo tuvo hondos raíces campesinas. Prat de la Riba y Cambó procedían de familias acomodadas de propietarios agrícolas y comunicaron a su obra los ideales paternalistas de los «hereus» del campo. La barretina, el morro fort, el pan con tomate y una arraigada intransigencia en materia religiosa se incorporaron al nacionalismo industrial de carácter urbano, produciendo una pintoresca combinación—no por pintoresca menos fecunda—de altas finanzas, ciencia jurídica, juegos florales y evocaciones campesinas y pastoriles, con «pansacs i figues i mel i mató».

Con el obrero sucede en cierto modo lo contrario. No suscita la menor admiración. Ha habido que esperar mucho tiempo para que surgiera en la burguesía un sector populista, admirador de las virtudes obreras. Y esto no marca todavía la pauta. Las clases dirigentes catalanas tienden a supervalorar los beneficios que recibe esta clase social. Siempre hay alguien que explica que, en la fábrica, tiene un muchacho que se llama Agustinet, el cual, los domingos, toma el tren y se marcha a Las Planas con la novia y se lo pasa fenomenal. Y el que lo cuenta dice: «¿Te imaginas qué maravilla? Poder ir a Las Planas en vez de estar pensando en las letras de cambio». Una señora cuenta que, precisamente, la hermana de su costurera está casada con un obrero y que esta señora no puede ir a coser por las casas porque los hijos y el marido le dan mucho trabajo. «¡Si vieras cómo dice que viven!». Explica que esta madre de familia se pasa el día en la cocina atendiendo a los caprichos de los hijos y del marido. Al marido le gusta el arroz que se queda agarrado al fondo de la cazuela, al hijo mayor le gusta el arroz de en medio, que es el que está más hecho, y al otro hijo no le gusta el arroz, y los domingos tiene que hacerle fideos a la cazuela con costilla de cerdo. Durante la semana comen los tres en la fábrica, pero tie-



**Mercado  
de trabajo.  
No habrá  
sitio  
para todos.**





**haga lo que haga ... vista**

**SCHAPLENKA®**  
*Terlenka®-set*  
**Y... ¡despreocúpese!**

Usted se siente bien, ¡muy bien!, con esta camisa sport.  
 Su tejido es suave, acariciante, ligero ... Es el "toque"  
 del TEXTURADO SCHAPLENKA ... ¡Esa despreocupada  
 elegancia positivamente distinta!

Camisas sport





## **NOSOTROS LOS CATALANES**

ne que prepararles la tartera, y, por la noche, el padre toma una verdura con patata y dos trozos de bacalao frito, pero muy frito, casi quemado. Al hijo mayor le gusta el bacalao, pero no mucho, y si le quiere ver contento tiene que hacerle una tortillita de pe-rejil bien crudita acompañada de pan con tomate. El pequeño come lo que haya, pero lo que más le gusta es un tazón grande de chocolate muy espeso, con bizcochos melindres. «Todos comen cosas distintas —dice la señora—, imagínate».

Los patronos catalanes creen firmemente, por lo general, que son sus propios esfuerzos los que han convertido a Cataluña en una economía indus-

trial. Tienden a olvidar quiénes hicieron en realidad el trabajo y, por el contrario, creen que son ellos los que trabajan para mantener a los otros. Más que una actitud cínica, hay en ellos una vocación industrial mezclada con una buena dosis de paternalismo y una desmedida inclinación al orden. La industria y el comercio han constituido en Cataluña una verdadera mística. Una de las características más distintivas de la clase obrera catalana ha sido y es todavía el gusto del trabajo bien hecho. Ni siquiera en las épocas de mayor discordia social se utilizó la chapuza como arma de combate. Es en realidad Cataluña en su origen un pueblo de artesanos y me-

nestrales que siente muy profundamente el orgullo de la pequeña obra de cada día. No hay más que entrar en un taller familiar y ver la cara de satisfacción con que contempla el dueño las piezas terminadas, o el orgullo con que la señora de la pastelería nos muestra la coca recién salida del horno, o la actitud confiada y a veces desafiante con que el dueño del restaurante nos recomienda (o nos impone) las habas a la catalana o el pie de cerdo con nabos, para darse cuenta de que algo más que el ánimo de lucro ha presidido, y creo que preside todavía, la vida comercial de Cataluña. En el mercado, la carnicera, «pentinada de pentinadora», lleva una bata blanca impecable sobre la que luce a menudo un collar de perlas o un broche de oro. La pescadera dispone el marisco y el pescado en las grandes cestas de mimbre («que faci goig») con el sentido pictórico del impresionismo catalán. Y el «bacallaner», menestral de profunda raigambre, se lamenta de la decadencia del bacalao que con tanto amor pone él en remojo («ara diguim; millor qu'un filet. No hi ha comparació»).

\*\*\*

Renuncio a mi proyecto. Me faltan todavía quinientas treinta y tres clases sociales que revisar, quinientas treinta y tres diferentes formas de palmaditas en la espalda. En el sálvese quien pueda de la economía, unos pocos tuvieron suerte. Dueños como eran de una tierra sin riquezas naturales, llegaron a constituir una burguesía incompleta, con inconfundibles rasgos de menestralía. Detrás de ellos, la inmensa mayoría se fragmentó infinitamente en pequeños grupos y subgrupos, dificultando al máximo la labor del paciente sociólogo que algún día se tome el trabajo de estudiarla.

**LUIS CARANDELL**

**Salir al campo, tumbarse en el suelo, poner la radio y jugar con los niños constituye un verdadero rito dominguero de los parientes pobres.**



### **SE HA DICHO...**

\* «Actualmente, dos primos hermanos de mi madre son anarquistas de acción, considerados como muy peligrosos por la policía... La cosa no es excepcional en las familias del país. Las ramas ricas o siquiera acomodadas suelen ser católicas y convencionales. Las ramas pobres, anarquistas y desgarradas. A mayor riqueza por un lado suele corresponder mayor inconformismo por el otro».

*JOSEP PLA. "El quadern gris"*

«Llaman al trabajo virtud los que no tienen necesidad de trabajar, para engañar a los que trabajan».

*SANTIAGO RUSIÑOL. "Màximes i mals pensaments"*

«De huelga en huelga, de sufrimiento en sufrimiento, consideraron que el único instrumento que tenían a su alcance, para hacer comprender a los poderosos que también ellos tenían derecho a la vida, era la acción directa, el choque violento entre el capital y el trabajo».

*JAUME VICENS VIVES. "Els catalans en el segle XIX"*

**MAX ESTELLA.**—¿Quién eres, compañero?

**EL PRESO.**—Un paria.

**MAX ESTELLA.**—¿Catalán?

**EL PRESO.**—De todas partes.

**MAX ESTELLA.**—¡Paria!... Solamente los obreros catalanes aguijan su rebeldía con ese denigrante epíteto. Parla, en bocas como la tuya, es una espuela. Pronto llegará vuestra hora.

*RAMON DEL VALLE-INCLAN. "Luces de Bohemia"*

«Lo peor de la dirección que se le va dando a la obra cultural de estudios catalanes es que, no sé si por señoritismo o por algo aún más turbio, parece como si se quisiera apartar la vista de los problemas más útiles en Cataluña, que son los económico-sociales».

*MIGUEL DE UNAMUNO. "De Salamanca a Barcelona". "Andanzas y visiones españolas"*





—Vaya si es mono este pisito. Mira, mira la Annetta qué plisito tan mono tiene.  
—¡Ay!, señorita, cálese usted. Para dos pobrecitos como nosotros es quizá demasado.

NARCIS OLLER. "Una visita"

«No sabemos hasta qué punto es lícito decir que el Ensanche es una obra exclusiva de nuestra burguesía. El carácter popular de sus episodios iniciales fue como un símbolo de la influencia transcendental que tuvo el proletariado catalán en la génesis de la Barcelona moderna».

ORIOL BOHIGAS.

"Barcelona entre el Plan Cerdá y el barraquismo"

«En tal caso, tiro de cartera y todo el mundo me recibe con los brazos abiertos. Cuando me doy cuenta de que me abren los brazos me enternezco. ¿Queréis hacer feliz a la gente? ¡Pagad!».

JOSEP PLA. "Els pagesos"

«Aquellos señores (los dueños del comercio barcelonés) se negaban terminantemente a aplicar a sus empleados la ley de la Dependencia mercantil (seguridad social), y al cabo de un mes se habían vuelto filántropos que cerraban las puertas media hora antes para que pudieran salir a la calle a manifestarse en favor de la autonomía de Cataluña».

ANGEL PESTANA. Citado por Albert Balcells.  
"El Sindicalisme a Barcelona"

«Cuando no había peligro, salía un directivo y, con la gorra o la barretina en la mano, pasaba por las mesas diciendo: "¿Quién da un centimito para dinamita?"».

LLORENÇ SANT MARC. "Genio o la Posteritat"

«Y el señor se metió en la conversación y dijo: "Cuando los obreros quieren hacer de amos, no saben cómo arreglárselas... ¿No comprenden que sin los ricos los pobres están perdidos?"».

MERCE RODOREDA. "La Plaça del Diamant"

EN EL PROXIMO  
NUMERO

**HABLAR  
CATALAN  
Y HABLAR  
CASTELLANO**